

Las paredes de simulación de mármol se movían rápidamente a ambos lados. El resto de navegantes que se encontraban en el mismo sector pasaban como sombras insustanciales mientras Dani aceleraba.

- ¡Esto es increíble! - gritó a Ricar sin poder contenerse - ¡Si esto fuera un coche iría a más de cuatrocientos por hora!-

Notaba la sonrisa involuntaria arrancada por la adrenalina al acelerar más todavía, buscando lugares en los que poder moverse más rápido, ignorando cualquier idea que pudiera tener antes sobre dónde utilizar la microestación. Cuando se la compró al tigre desde luego no esperaba esto, y menos por un precio tan bajo.

Volvió a gritar de puro placer. Desde el sillón Ricar vio que la pupila del ojo natural de Dani estaba tan dilatada que apenas se veía de qué color era. Parecía como si todo él tuviera la intención de volverse negro.

Los fondos de mármol dieron paso a muchos otros que iban desde la madera de caoba fina hasta las paredes de quitina retorcida de las áreas más contraculturales.

Decidió frenar lentamente. Ya era hora de comenzar a hacer algo de trabajo, que era para lo que había comprado la microestación. Además la batería era biológica parasitaria, con lo que dentro de nada empezaría a notar debilidad y un hambre atroz. Sí, era mejor sacar ya algo de dinero.

Mientras el paisaje deceleraba y la vista se le volvía a enfocar en formas nítidas en vez de en cadenas abstractas de lectura rápida se dirigió hacia un enorme servidor que asomaba en el horizonte. Estaba tras una página anodina de ocio oscuro, cargada de imágenes, vídeos y sensaciones de diferentes películas de terror clásicas y de moda, así como algunas copias de montajes sensoriales baratos hechos con JavaPluS.

Precisamente por eso se dirigió hacia el monolito negro del servidor. Porque era totalmente incongruente que semejante estructura de datos sostuviera solamente esa ridícula página.

Mientras buscaba la puerta de atrás del sitio alzó la mano para tocar la microestación. Nunca hasta que la compró había visto nada parecido. Conocía las que se enrollaban a la muñeca como un reloj y se enchufaban en los puertos estándar, las que se colocaban en la nuca y muchas más. Incluso había llegado a probar una sin cables, de esas que valen cifras con demasiados ceros. Sin embargo la microestación Dark Awakening era algo totalmente nuevo. Nunca había leído de una de estas que se pudiera enchufar directamente en el sensor de un ojo.

Había tenido que ir a casa de un amigo a que le hurgara en la tapa del implante con herramientas especiales, y desde luego no había sido una grata experiencia eso de que los chirridos y arañazos en los delicados circuitos se tradujeran en extrañas imágenes incongruentes. Pero al final pudieron quitar la cubierta del sensor y acoplar la estación de red, que ahora encajaba en la cuenca del ojo e incluso seguía los movimientos del otro. Cuando se miró al espejo la imagen era terrible. Veía la carne cicatrizada que quedaba tras el embellecedor de la prótesis y los cables de silicona que se enterraban en el hueso. Y en medio de ese macabro espectáculo estaba ese orbe cristalino, brillante, como poseedor de una luz propia, seguramente producida por la fibra de vidrio que trazaba caprichosos dibujos tribales desde el procesador y las tarjetas hasta el sensor acoplado al nervio óptico.

Ahí estaba la puerta de atrás. Un poco de movimiento de manos sobre el teclado y un poco más de cálculo paralelo con el orbe y la cerradura saltaba como si fuera de miga de pan. Esta estación es maravillosa, pensó Dani, no sé cómo alguien puede quitársela de encima.

Ya estaba dentro de la estructura, y había algo que no encajaba. Sabía de servidores que conservaban las texturas incluso en las zonas que no estaban destinadas al público, incluso en las de servicio para hacer el mantenimiento un poco menos hostil, pero no conocía ningún servidor que mantuviera el texturado en el interior. Este sí. Parecía una especie de caja torácica de color blanco amarillento que se dividía en docenas de corredores, como si formaran parte del gigantesco organismo compartido de cientos de horribles hermanos siameses.

Dani avanzó con cautela. La velocidad había sido totalmente descartada frente a la necesidad de prudencia y mente clara. Al dejar de invertir recursos en el movimiento la estación los redirigió por defecto a la percepción, lo que no gustó nada a Dani, que navegó por los diferentes menús sin encontrar dónde cambiarlo. El ambiente se hizo cálido y húmedo, agobiante, y las paredes parecían pulsar con un latido muerto, como de piedra animada. Podía ver hasta la más fina arista de hueso y, no importaba dónde desviara la vista, la claridad de los sentidos le destacaban cada sombra y recoveco siniestro.

Con muchas dudas comenzó a andar por los pasillos, un pie virtual tras otro, lentamente. Ya notaba en la tripa retortijones de hambre. La pila se terminaba, así que era mejor acabar pronto. Buscó por todas partes algo que pudiera parecer información bancaria por el método de decodificar las imágenes. Esto solía servir para eliminar las paredes falsas y guiarse entre los diferentes niveles perceptivos, pero esta vez no. La información seguía tan sólida como antes.

Más sólida incluso.

Según se fue adentrando notaba cómo las paredes se hacían más pesadas y cercanas, combándose en la oscuridad en la que se perdía el techo. Ya no tenía muchas

ganas de seguir, sobre todo después de que la estación perdiera la ruta. Eso iba a dificultar mucho la vuelta.

A la mierda, dijo en voz alta, notando cómo se le quebraba de miedo disimulado. Me voy.

Pero no podía.

Había algo que le retenía. Algo que le hacía avanzar hacia la oscuridad opresiva, hacia las paredes que ahora parecían aserradas, con crueles puntas de hueso dirigidas hacia él. Hacia una extraña sensación que no se representaba en lo visual, auditivo o táctil. Pero estaba ahí.

Gritó y se arañó la cara, cayó y se tambaleó, trató desesperadamente de sacarse el orbe del ojo, pero era imposible. Ricar le intentaba sujetar los brazos mientras gritaba auxilio, viendo impotente cómo su amigo se arrancaba trozos de carne de la cara y soltaba alaridos heladores.

Finalmente Dani cayó al suelo. Le salía un hilillo continuo de sangre por la boca y un oído, que se mezclaba con el charco formado por el resto de las heridas. Ricar estaba sentado de espaldas a la pared, tratando de contener su miedo y sus náuseas, cuando oyó un sonido cristalino. El orbe se había desprendido y rodaba por el suelo.

Ricar apretaba el paso, andando apresuradamente. Había intentado romper la microestación golpeándola con todo lo que tenía a mano, pero había sido imposible. Ahora la tenía envuelta en montones de papeles arrugados.

Cuando llegó a su destino miró fijamente al agua y, sin pensarlo otra vez, la tiró al puerto. Esperaba no volver a oír hablar nunca más de esa cosa. Se lo pedía a los dioses, a Dios o a quien le escuchara.

Por favor.